

DATOS PARA EL ESTUDIO DE LAS RELACIONES COMERCIALES ENTRE LOS PUEBLOS INDIGENAS DEL AREA MERIDIONAL Y SEPTENTRIONAL DE LA PENINSULA IBERICA

M. PASTOR MUÑOZ

El tema de las relaciones comerciales entre los pueblos indígenas hispanos de las regiones centrales y septentrionales de la Península Ibérica con los del Sur, si bien ha sido señalado por diferentes autores¹, sin embargo, hasta el momento, no ha sido objeto de ninguna monografía, ni siquiera de un simple artículo en revista especializada en economía antigua. Por esta razón, pretendemos, en esta comunicación, indicar algunos datos que puedan servir de punto de partida para dicho estudio.

Las fuentes literarias casi no proporcionan testimonios al respecto, por eso es preciso acudir a la Arqueología que, desde su aparición como ciencia, ha dado un poderoso impulso a los estudios económicos. Los materiales arqueológicos son, casi siempre, objetos con un significado económico, visible por encima de todos los demás significados.

Las regiones del Norte y Noroeste de *Hispania* se han considerado como regiones aisladas, debido, en gran parte, a la falta de vías y caminos hasta la llegada de los romanos, como se desprende de la lectura de Estrabón quien nos dice: «las regiones del Norte de *Iberia* carecen de contactos y comercio con las otras regiones, de manera que esta parte ofrece más dificultad de ser habitada»² y, más adelante, añade: «su rudeza y salvajismo no se deben sólo a sus costumbres guerreras, sino también a su alejamiento, pues los caminos marítimos y terrestres que conducen a estas tierras son largos y esta dificultad de comunicaciones les ha hecho perder toda sociabilidad y humanidad»³. Tal vez por esto, sea por lo que apenas abundan datos en las fuentes literarias sobre sus relaciones comerciales. Pero ello no es del todo cierto, como veremos a lo largo de esta comunicación.

Por otro lado, el desarrollo del comercio, antes de la llegada de los romanos, se encontraba fuertemente obstaculizado por la ausencia de la moneda. Las transacciones comerciales tenían que efectuarse a base de intercambios de productos o por trueques de mercancías, o bien utilizando trozos de plata recortados⁴. El principal producto de intercambio, entre las poblaciones del Norte y Noroeste, eran las pieles, que debían ofrecer a los comerciantes llegados de las regiones del Sur, concretamente de la *Turdetania*, a través de las rutas naturales o de caminos de herradura, que más tarde se convertirían en vías y calzadas por obra de los romanos. A cambio de estas pieles, los comerciantes turdetanos les proporcionarían los principales productos natu-

rales de sus fértiles regiones: aceite, trigo y vino: la trilogía mediterránea, tan frecuentemente ensalzada en las fuentes antiguas⁵. Probablemente este comercio, turdetano o bético, con las regiones septentrionales no fue, en los años anteriores a la conquista romana, ni siquiera después, tan intenso ni tan importante como con otras regiones hispanas o del exterior, pero, sin duda alguna, tuvo que existir siguiendo las rutas que, con anterioridad, habían seguido tartésicos y púnicos⁶. No obstante, carecemos de testimonios precisos, sobre todo literarios, que permitan afirmar la existencia de un comercio intenso entre turdetanos y norteños⁷.

En otro orden de cosas, la Arqueología, como ha señalado J. M. Blázquez, ha suministrado pruebas abundantes de unas relaciones comerciales, que se pueden calificar de intensas, entre los pueblos del Noroeste y los del Sur de la Península, desde la cultura megalítica hasta la conquista romana⁸. Evidentemente, ello es cierto, al menos, desde época tartésica como ponen de manifiesto los jarros de bronce, encontrados dispersos por Extremadura, la Meseta e, incluso, en la zona septentrional. En los últimos años, varios investigadores se han ocupado de la distribución geográfica de tales jarros, que suponen fabricados en la zona Tartessos-Gadir⁹. Estos jarros de bronce, al igual que los llamados braserillos de tipo oriental y las fibulas de codo¹⁰, se adentran en la Península de Sur a Norte, arrancando del río Tinto o del Valle Inferior del Guadalquivir y siguen una ruta que pudo ir a cruzar Sierra Morena al Este de la Sierra de Aracena, el río Guadiana hacia Mérida, el Tajo por Alconetar y la Cordillera Central, remontando el Valle del Alagón, al Este de la Peña de Francia; de esta forma, quedarían unidos los valles del Guadalquivir, Guadiana, Tajo y Duero. El área de distribución de tales piezas (principalmente los jarros de bronce), según ha señalado A. García y Bellido, es la región del Bajo Guadalquivir, los Valles Medios del Guadiana y del Tajo y el curso alto del Duero¹¹. Esta distribución geográfica parece coincidir con el área de propagación de otros productos bronceos o áureos de arte orientalizante, encontrados en Sanlúcar de Barrameda, El Carambolo, Setefilla, Osuna, Carmona, Caudeleda, Sanchorreja, La Aliseda, Azougada, Cerro del Berrueco, etc. Esto parece indicar, en primer lugar, que su centro de producción y de irradiación se ha de situar en la región de Huelva o del Bajo Guadalquivir en líneas generales (Tartessos) y, luego, un área de propagación hacia el Norte a través de cordilleras y de valles a los que corta buscando tenazmente el Noroeste de la Península siguiendo, precisamente, el camino que, en época romana, unirá la Andalucía Atlántica (región del antiguo Tartessos) con las regiones más productoras de oro del Noroeste hispánico, cuya sede central estaba en *Asturica Augusta*¹². Esta vía de penetración fue, por tanto, testigo de un comercio o, al menos, de unas relaciones comerciales importantes y frecuentes entre los pueblos que habitaban el área meridional, durante los siglos VII y VI a. d. C., con los del Norte y Noroeste (galaicos, ártabros, cántabros, astures, etc.) y también con los pueblos que encontraban los comerciantes a su paso (celtíberos, lusitanos, vettones, vacceos, etc.). Este tráfico comercial se dirigía, consecuentemente, de Sur a Norte, en busca de las regiones auríferas y productoras de estaño del Noroeste hispánico (hacia las Cassitéridas) a través de un antiguo camino de herradura que, siglos después, en época romana, iba a convertirse en la calzada más importante de su época¹³.

En época posterior (siglos V al III aproximadamente), el comercio entre ambas zonas debió ser bastante significativo e, incluso, intenso, como ponen de manifiesto la gran cantidad de joyas castreñas derivadas, en gran parte, de modelos andaluces inspirados, a su vez, en modelos fenicios y griegos. Como los yacimientos auríferos se encontraban, preferentemente, en la región astur-leonesa y ya eran explotados desde

antiguo, aunque con escaso rendimiento, por los propios indígenas astures¹⁴, no debe extrañarnos, los más mínimo, que los objetos orientalizantes, que aparecen frecuentemente en el lado occidental de la Península, sean un claro testimonio de las relaciones comerciales entre el Sur y el Norte y Noroeste y entre sus diferentes pueblos. La orfebrería galaico-asturiana tiene tanta semejanza con la orientalizante del área tartésica que ello no puede ser, sino una consecuencia de dichas relaciones comerciales¹⁵. Esto nos confirma también el aprecio de los pueblos galaicos por las joyas de inspiración ibérico-tartésica. Las influencias e interconexiones entre el área ibérica y celtibérica de la Península se manifiestan, por ejemplo, en el tesoro de Perotitos (Córdoba), con la famosa pátera, cuyo umbo ofrece un gran paralelo con la que se encontró en Tivissa (Tarragona), ambas de arraigada tradición mediterránea¹⁶. El foco principal de esta orfebrería se debe situar, al parecer, hacia el borde meridional de La Meseta y las tierras del Alto Guadalquivir: zona de íntimo contacto entre el mundo ibérico y céltico peninsular.

La Arqueología ha proporcionado puebas suficientes de unas relaciones comerciales intensas entre ambas zonas (Sur y Norte de la Península) durante la segunda mitad del primer milenio a. d. C. e, incluso, antes. El Collar del castro de Elviña, como han señalado A. Blanco¹⁷ y J. M. Blázquez¹⁸, responde a un prototipo muy frecuente en Chipre en el siglo IV a. d. C. la Influencia de las regiones meridionales se acusa en el Noroeste hispánico en los pendientes, aros para el pelo y en los collares articulados, encontrados, todos ellos, en estas regiones. Tales piezas estaban inspiradas en modelos fenicios y griegos, pero, seguramente, fueron fabricadas por los indígenas turdetanos u otros pueblos del Sur. Entre tales objetos hay que señalar las arracadas de Iruxo (Orense), Carballo (La Coruña), Vilar de Santos (Orense), San Martinho de Anta, Briteiros, algunos ejemplos más del tesoro de Bedoya y la arracada del castro de Berducedo (Asturias)¹⁹.

Las complejas técnicas de la orfebrería del Noroeste, como son el granulado y la filigrana, constituyen una aportación del Sur de la Península, al igual que la escultura y el arte de las decoraciones arquitectónicas²⁰. Lógicamente, tales influencias del Sur sobre el Norte y Noroeste se filtraron a través de la primitiva ruta terrestre, que se puede colegir siguiendo la orfebrería portuguesa, representada por las arracadas de Golega, Monsanto da beira, en el Centro de Portugal, y de Madrigalejo. También el casco de bronce de Lanhoso que, según J. M. Blázquez²¹, es una adaptación de un modelo ítalo-celta, documentado hacia el año 400 a. d. C., se emparenta con los cascos de Villaricos, Castellones de Ceal y los representados en la cerámica de Liria²². Existen, además, otros muchos testimonios arqueológicos que ponen de manifiesto las frecuentes relaciones comerciales entre los pueblos del Noroeste con los del área meridional; entre estos, señala J. M. Blázquez los siguientes: una estatuilla sedente, procedente del castro de Lanhoso que, por su actitud y la forma de su trono, parece derivar de las figuras de las diosas entronizadas, que se difunden por todo el Mediterráneo, inspiradas en el repertorio iconográfico de Ashtart, que tiene su aparición en el Próximo Oriente. Dicha actitud está documentada en la Península en algunas esculturas del Cerro de Los Santos y en la escultura sedente de Villaricos; la bractea de Bragança, las monedas griegas de Serra do Pilar (de época helenística) y Gondomar (de época alejandrina) en la desembocadura del Duero, en la citanía de Sabroso y en Tras-Os-Montes (Portugal); otros testimonios arqueológicos más son: los cuatro medios bronce de Cádiz, Adra y Almuñecar, que también aparecen en Santa Tecla, las cuentas de vidrio policromado de Conimbriga, Santa Olaia, Almogreve,

Bragança y Mondín, en Portugal y, en los castros de Sabroso, Briteiros, Santa Trega, Cameixa, Montealegre, etc.²³.

La ruta marítima, que iba a lo largo de la costa Atlántica, posee una serie de accidentes geográficos muy conocidos por los navíos mercantes gaditanos que se dirigían a comerciar con los habitantes de las Cassitérides, según nos informa Estrabón. (Nos dice que estos mercaderes turdetanos, concretamente gaditanos, cambiaban metales, estaño, plomo y pieles por cerámica, sal y utensilios de bronce²⁴. Uno de los puertos en los que harían escala será conocido, en época romana, como *Portus Hannibalis*²⁵, hoy Portimão, en el Algarve portugués, que les servía de cobijo en sus navegaciones hacia las Cassitérides para adquirir el estaño, tan cotizado por los indígenas y colonizadores, principalmente fenicios, de quienes se sabe que ocultaban celosamente esta ruta para ser ellos únicamente los que comerciaran. Entre otros accidentes geográficos cabe destacar también el Cabo de San Vicente, denominado por Estrabón *Promontorium Saturni*²⁶, el Cabo de Roca, citado por Ptolomeo²⁷ y el promontorio de *Venus (Veneris Iugum)*²⁸. Todos ellos indican la presencia de navegantes semitas a lo largo de toda la Costa Atlántica y ponían en comunicación las gentes y los pueblos del Norte y Noroeste de la Península con los del Sur²⁹. Dicha presencia puede explicarse, casi exclusivamente, por la riqueza estañífera de Galicia y de sus islas.

Y en orden inverso, puede decirse que los pueblos castreños mantuvieron relaciones comerciales importantes con los habitantes del Sur y Suroeste peninsular, según se desprende de las fuentes literarias y arqueológicas. Es lógico pensar que el escaso vino que consumían en sus fiestas y banquetes les llegara de las tierras del Sur del Duero, principalmente de la *Turdetania*, gran exportadora de vino³⁰, o de la *Lusitania* dónde, según Polibio, se compraba un ánfora por un dracma³¹. Del mismo modo, se puede hablar de un importante comercio de los pueblos castreños con los del Sur a través de los colonos de Cádiz quienes, según Estrabón, tomándolo, a su vez, de Posidonio, «realizaban viajes a las islas Cassitérides en busca de estaño, plomo, y pieles de animales y ellos dejaban allí, a cambio, vasijas de barro, sal y objetos de bronce³². Con los colonos fenicios, seguramente, iban también mercaderes indígenas gaditanos.

Estos datos literarios han tenido confirmación en los restos arqueológicos, cerámicas principalmente, encontrados en los escasos castros excavados, hasta el momento, en la zona del Noroeste: Briteiros, Sabroso, Cameixa, Elviña, Vigo, Pendía, Coaña, etc.³³, aunque, por desgracia, el material que poseemos no es suficiente para señalar detenidamente las líneas de expansión y las vías comerciales, como sería de desear. No obstante, podemos indicar que uno de los caminos principales, quizás más marítimo que terrestre, provenía de la *Turdetania*, se internaba por la *Lusitania*, al Sur del Duero, hasta llegar a los pueblos galaicos. A lo largo de esta ruta se han encontrado restos arqueológicos, representados por vasijas y objetos de adorno de procedencia púnico-tartésica, encontrados en na Fonte Velha de Bensafrrín, Chibanes, en los castros de las cercanías de Figueira, en Conímbriga y aún en la misma Sierra del Pilar, dónde aparecieron monedas griegas llevadas, seguramente, por mercaderes cartagineses y gaditanos³⁴. También se han encontrado cerámicas pintadas en otros castros de Asturias, Galicia y Norte de Portugal, aunque, tal vez, tan sólo un número limitado de ellas puede ser considerado como de origen bético o turdetano y anterior a la llegada de los romanos. La mayor parte de estas cerámicas son indígenas y testimonian la importación de vasos a los que alude Posidonio: con la llegada de los romanos dicha importación de vasos, lógicamente, aumentaría de volumen.

Además, existen otros datos que confirman tales relaciones comerciales. Se han encontrado tuestos de vasos helenísticos de barniz negro en los castros galaicos y asturianos (Santa Trega, Sanfins de Ferreira, Coaña, Pendía, etc.) y, como es sabido, dicha cerámica floreció en la segunda mitad del siglo III y en los primeros años del siglo II a. d. C., es decir, antes de la expedición de Décimo Junio Bruto a Galicia: en consecuencia, hay que pensar que tales intercambios comerciales se debieron a los indígenas turdetanos y no a los navegantes y comerciantes romanos. En otros castros (Santa Marta, Castromão, Castro de Cascalheiros, Coaña, etc.) han aparecido cuentas vítreas de collar y vasijas de vidrio, cuya datación cronológica es posterior al siglo III a. d. C.³⁵, pero se han de clasificar como púnicas cartaginesas (gaditanas) por ser idénticas a las encontradas en Ibiza y en otros establecimientos fenicios: seguramente fueron llevadas desde el Sur por los comerciantes gaditanos.

Por otro lado, hay que añadir, como señalábamos anteriormente, la inspiración andaluza en la orfebrería y en la joyería. En este sentido, la forma de algunas joyas, como los collares funiculares de plata y la presencia de técnicas de joyería como la filigrana y el granulado, que carecen de tradición local y de paralelismos acusados en los países celtas, nos están demostrando la inspiración andaluza, tomada, a su vez, de modelos fenicios y púnicos. Tales influencias, así como los objetos, pudieron llegar por vía marítima bordeando la Costa Atlántica, pero es indudable que también llegaron por el camino comercial que iba desde La Marianica, por La Mancha y la Provincia de Cáceres, hasta entrar, por la Beira, en Tras-Os-Montes (Portugal). La existencia de esta joyería³⁶ en los castros galaicos-portugueses indica, con toda seguridad, un contacto y unas relaciones comerciales, bastante intensas, con las regiones del Norte de la Bética, las actuales provincias andaluzas de Córdoba y Jaén principalmente.

Para el intercambio de tales productos utilizaban los medios de transporte frecuentes en estas culturas: caravanas de carros tirados por équidos, carros con ruedas, o animales solos cargados a sus lomos. De todo esto tenemos representaciones figuradas en una peña de la comarca de La Oya (Galicia)³⁷ que, aunque representan a una época muy anterior a la que estudiamos, es posible que su uso tuviera una larga continuidad posterior. Además, las fuentes clásicas alaban prolijamente a los caballos galaico-asturianos, que debían ser empleados para estos menesteres, y lo mismo podemos decir de los caballos andaluces, especialmente de los gaditanos³⁸. El transporte marítimo debía realizarse en barcos de pequeño calado, que efectuaban frecuentes paradas a lo largo de la costa, siguiendo el ejemplo fenicio. Una vez en el territorio del Noroeste hispánico, donde también existían ríos navegables³⁹, que favorecían extraordinariamente las relaciones comerciales, se empleaban barcas de cuero hasta la expedición de Décimo Junio Bruto, pero después, comenzaron a construirse bajeles, hechos de troncos de árboles, cuyo uso iría extendiéndose poco a poco, siéndoles muy útiles para navegar por los ríos, estuarios y lagunas de la región⁴⁰.

Ahora bien, tales intercambios y relaciones comerciales de los pueblos del Norte y Noroeste con los de La Meseta⁴¹ y, principalmente, con los del Sur, se multiplicaron geoméricamente durante la época romana. Ello fue debido, no sólo a la presencia de una flota regular y numerosa, que puso orden en los mares Atlántico y Mediterráneo, sino también a la formación y extensión de una tupida red de calzadas terrestres que, siguiendo los viejos caminos de herradura, sirvió para el transporte de tropas; su utilización derivaría, posteriormente, hacia los intereses comerciales. Tales calzadas contribuyeron a que la Península fuera considerándose interrelacionada totalmente. Es más, tuvieron también importancia porque con los productos del comercio penetraban la moneda, las formas de vida, el cambio de mentalidad, etc. La época

romana trajo consigo, no sólo la explotación sistemática de las riquezas mineras del Norte, Noroeste y la Costa Cantábrica, sino también la explotación y exportación de otro tipo de productos, como el lino de los Zoelae, tribu de *Asturia*, que se utilizaba para la confección de redes de caza⁴².

Con la dominación romana se debieron facilitar enormemente las relaciones comerciales entre los pueblos indígenas del Norte y Noroeste y los del Sur de *Hispania*. A partir de entonces, las transacciones comerciales dejarían de efectuarse a base de intercambios de mercancías, o por trueque de trozos de plata recortada⁴³, para comenzar a utilizarse la moneda acuñada. Las intensas relaciones comerciales que señalábamos anteriormente para la época prerromana debieron multiplicarse enormemente, debido al impacto romano en estas tierras. De ellas participarían, tanto los pueblos galaicos, como los cántabros, astures y restantes pueblos del Norte de la Península. Un claro ejemplo lo proporciona la arracada de oro encontrada en el castro de Berducedo (Asturias), que se deriva de las arracadas del Sur de *Hispania*, inspiradas en modelos fenicios y griegos⁴⁴. Por otro lado, los abundantes testimonios arqueológicos, aparecidos en el Norte de *Hispania*⁴⁵, prueban la existencia de una fuerte relación comercial entre los pueblos indígenas del Norte y Noroeste de la Península con los del Sur y Suroeste. De tales relaciones, probablemente, favorecidas por el desarrollo de la orfebrería en la zona Noroeste, indudablemente participarían todos los habitantes indígenas del territorio norteño.

Por lo que respecta a los productos exportados de Sur a Norte o de Norte a Sur, es lógico pensar que se derivarían, forzosamente, de sus propios recursos naturales. Los pueblos indígenas del Norte y Noroeste cambiarían su producción natural: pieles, minerales (oro y estaño principalmente) e, incluso animales (caballos), con los del Sur, por artículos agrícolas (cereales, vino, aceite, etc.), artículos de lujo, productos eminentemente decorativos e industriales (vidrios, bronces, mármoles para estatuas, mosaicos, etc.) e, incluso, materiales de construcción (tejas, ladrillos y gran cantidad de la cerámica llamada *terra sigillata*). Todo ello se deduce de los abundantes restos arqueológicos encontrados en las excavaciones efectuadas en las regiones gallegas⁴⁶, asturianas⁴⁷ y cantábricas⁴⁸.

Además, es preciso significar que, con la llegada de los romanos, este comercio interpeninsular entre los pueblos del Norte y Noroeste y los del Sur y Suroeste, se va a ver favorecido por la creación de mercados centrales o regionales en el Norte, a donde acudirían los mercaderes del Sur, principalmente los gaditanos. Tales mercados reciben, en época romana, el nombre de *fora*; los *fora* eran núcleos o agrupaciones urbanas destinados eminentemente al comercio y se solían situar en regiones de vida esencialmente rural o campesina. Los *fora* se debieron crear por toda *Hispania*, pero, sobre todo, en el Noroeste. Entre los astures destaca el *Forum Gigurrorum*⁴⁹, localizado en el actual pueblecito de San Martín de Valdeorras (Orense), que reunía a una población urbana en torno a la tribu indígena de los *gigurri*; y entre los galaicos se encontraban los siguientes: el *Forum Bibalorum*⁵⁰, que agrupaba a la tribu indígena de los *bibali*, el *Forum Limicorum*⁵¹, que agrupaba a los *limici*, y el *Forum Narbasorum*, que agrupaba a los *narbasi*⁵². A todos ellos es probable que acudieran también los comerciantes y mercaderes gaditanos y los procedentes del Sur en general, para intercambiar o vender sus productos y adquirir algunos otros para llevar a sus tierras. La creación de estos centros comerciales favorecerían los intercambios de productos o la venta de los mismos, aunque, tal vez, no se pueda hablar de un intenso comercio entre ambos pueblos, sino más bien, de un aumento significativo del mismo.

Aparte de la cerámica de lujo, que debía ser muy apreciada por los indígenas del Norte y Noroeste, otros productos importantes de importación, llegados de las costas del Sur y Suroeste peninsular en época romana, eran: el vino y el aceite, como ponen de manifiesto los restos de ánforas y anforetas, aparecidos en las excavaciones arqueológicas de Novás y Armea⁵³ que, al parecer, proceden del litoral mediterráneo⁵⁴, así como los ejemplos augústeos de ánforas de la Forma I, encontrados en Briteiros, otro de la Forma II, procedente de la desembocadura del Miño y algunos ejemplares más de igual forma, Dressel 7 y 10, procedentes de la zona del Noroeste, concretamente de Lugo y, también, los aparecidos en Santander, de la Forma I, encontrados en el antiguo *Portus Blendium*⁵⁵. Tales ánforas y anforetas hispánicas se debieron emplear para el transporte del vino y del aceite bético, destinado a los indígenas del Norte y Noroeste, entre otros lugares. Por su parte, los habitantes del Norte y Noroeste seguirían trabajando el oro y demás metales de sus tierras, aunque siguiendo las modas y el ritmo que Roma les imponía, contribuyendo de este modo a este comercio con los habitantes del Sur peninsular y a los que proporcionarían hermosas joyas y objetos de orfebrería, tan cotizados por ellos, algunos de cuyos ejemplos han aparecido en las excavaciones andaluzas de Cástulo, Huelva, El Carámbolo, Cádiz, etc.

Los sistemas de envío se hacían por medio de transportistas, mayoristas, intermediarios, comerciantes al por mayor, etc., agrupados en compañías. Tales individuos portaban en sus naves, o medios de transporte, aceite, vino, cereales, tejidos, utensilios, artículos de lujo, etc., aunque no en grandes cantidades, por la falta de intervención y protección estatal y el miedo a la piratería, tan endémica en las regiones de la Meseta y del Norte de la Península⁵⁶. Para protegerse de ella, a partir del siglo V a. d. C., e incluso posteriormente, se formó en el Sur un verdadero *limes* defensivo de las zonas mineras, con torres de defensa, ideado por los cartagineses para controlar las vías de penetración y de acceso a los cotos mineros de la Turdetania⁵⁷. Dicho *limes* impediría, a su vez, en gran medida, el acceso de los comerciantes norteños a las fértiles regiones béticas y adquirir o vender sus productos. La presencia de cántabros orgenomescos trabajando en las minas romanas de El Centenillo (Jaén)⁵⁸, así como también la presencia en el Sur de gentes procedentes de La Meseta y de otros pueblos del Norte y Noroeste, nos invita a creer que también acudirían mercaderes en pos de ellos para intercambiar sus productos con los habitantes del Sur.

En líneas generales, podemos concluir diciendo que existieron unas relaciones comerciales muy significativas e, incluso intensas entre los pueblos indígenas del área meridional y septentrional de la Península a partir del siglo VII a. d. C. y hasta la época romana, como ponen de manifiesto, preferentemente, los vestigios arqueológicos aparecidos en ambas áreas.

Fueron los pueblos del Sur los que más hicieron ejercer su influencia sobre las alejadas e inhóspitas tribus del Norte y Noroeste hispánico, aunque las relaciones comerciales fueron mutuas. Uno de los ejes del comercio turdetano o bético, concretamente gaditano, fue, como ha señalado A. García y Bellido⁵⁹, la ruta Cádiz-Salamanca-Astorga que, coincidía totalmente con la «Vía de la Plata», cuyo trazado romano era el siguiente: *Gades-Hispalis-Emerita Augusta-Salmantica-Asturica Augusta*; sus ramales y caminos accesorios la ponían en comunicación con los restantes *populi* y *civitates* de las regiones por las que pasaba⁶⁰.

Una gran dificultad, sobre todo, en invierno, entrañaba la vía marítima, que iba desde Cádiz al Noroeste a lo largo de la costa portuguesa, al remontar el Cabo de San Vicente. Por esta razón, era de gran interés para los comerciantes gaditanos mantener

la ruta terrestre que, aunque no exenta de peligrosidad, debido a las bandas de «bandidos» lusitanos, entre otros, les ofrecía mayor rapidez y seguridad. El comercio a través de estas regiones está bien documentado, sea por las fuentes literarias, sea por los hallazgos arqueológicos. Probablemente, estos últimos no signifiquen siempre una actividad propiamente comercial, sino tan sólo donativos realizados con el propósito de obtener franquicia y seguridades de paso; pero lo cierto es que los indígenas actuaban como intermediarios en este tipo de relaciones comerciales. No debemos olvidar el papel que jugó el comercio de la sal de Sur a Norte, quizás, más importante para los pueblos ganaderos de La Meseta que para las gentes del Norte y Noroeste peninsular. Ciertamente, estos comerciantes encontraban grandes dificultades al tratar de vender sus mercancías entre estas gentes, debido al gran absentismo de los mismos. Dicha abstención, más forzada por las circunstancias económicas que resultado de una austeridad voluntaria, la encontramos entre los celtíberos, cuyas adquisiciones de productos importados eran, principalmente, jarras de vino que los mercaderes llevaban hasta allí desde las costas mediterráneas⁶¹ y entre los pueblos celtas del Norte y Noroeste, dónde las importaciones son ocasionales y raras, si exceptuamos el vino que consumían en sus fiestas y banquetes⁶². Los pueblos indígenas carpetanos, vettones y vacceos no se beneficiaron más de este comercio bético, pues, aunque estaban vinculados a las rutas comerciales del Sur, su economía era eminentemente ganadera y escaseaba el oro y la plata entre ellos⁶³, a pesar de que han aparecido abundantes objetos de estos metales como resultado de los tesorillos ocultados durante las luchas sertorianas. Tampoco los lusitanos se beneficiaron mucho del comercio de las gentes del Sur y lo propio hay que suponer de los cántabros y astures que bajaban a las tierras llanas de La Meseta en plan de bandolerismo y de rapiña, como dicen las fuentes clásicas⁶⁴. Sin embargo, es lógico pensar que todos ellos participasen de algún modo, más o menos intenso, de este comercio y se beneficiasen de los productos que los comerciantes del Sur llevaban por allí⁶⁵.

Por último, quisiéramos indicar que el tema no ha quedado, ni mucho menos agotado, puesto que para ello sería necesario analizar individualmente las relaciones comerciales de cada uno de los pueblos en cuestión: los de la zona Norte (galaicos, cántabros, astures, vascones, autrigones, etc.) y los del área meridional (turdetanos, oretanos, bastetanos, etc.). Ello nos daría, seguramente, unos resultados mucho más significativos y reales de lo que aquí acabamos de exponer de forma generalizada; pero ésta labor es, evidentemente, ardua y difícil y escapa a los límites de una simple comunicación. Y, por otra parte, las escasas excavaciones arqueológicas realizadas, hasta hoy, en muchos de estos territorios, impiden, hoy por hoy, un análisis más detenido y diferenciado.

NOTAS

¹ Cf. entre otros, A. García y Bellido, *La Península Ibérica en los comienzos de su historia*, Madrid, 1953, pp. 243 ss.; C. Viñas, «Apuntes sobre historia social y económica de España», *Arbor*, 158, 1959, pp. 33 ss.; M. P. Charlesworth, *Trade Routes and Commerce of the Roman Empire*, Hildesheim, 1961, pp. 149 ss.; J. M. Blázquez, «Economía de los pueblos Prerromanos del área no ibérica hasta la época de Augusto», *Estudios de economía antigua de la Península Ibérica*, Barcelona, 1969, pp. 203 ss.; Idem, «Exportación e importación en Hispania a final de la República romana y durante el gobierno de Augusto y sus consecuencias», *AHES*, 1, 1968, pp. 37 ss.; y, en general, en su obra: *Economía de la Hispania romana*, Bilbao, 1978, donde se recogen todos sus artículos anteriores sobre la problemática de la economía de Hispania; J. Amorós y M. Rifa, «Ensayo de un estudio geográfico de los elementos de intercambio de la España antigua, en relación con la economía y las monedas», *Numario Hispánico*, 1, 1952, pp. 52 ss.; A.

Balil, «Riqueza y sociedad en la España romana» (siglos III-I a. d. C.), *Hispania*, XXV, 1965, pp. 325 ss.; C. H. Hawkes, «Las relaciones atlánticas del mundo tartésico», *Tartessos*, Barcelona, 1969, pp. 185 ss.; E. Cuadrado, «Corrientes comerciales de los pueblos ibéricos», *Estudios de Economía Antigua de la Península Ibérica*, Barcelona, 1969, pp. 117 ss.

² Strab. III, 1,2.

³ Strab. III, 3,8.

⁴ Según leemos en Estrabón. Strab. III, 3,7.

⁵ Vid. Strab. III, 2,4; III, 2,6; Sil. Ital. III, 403-405; Dio. Cas. XLIII, 33; Cic. *Pro Balbo*, 40; Colum. *De Re rust.* I, 20; Colum. *Ibidem*, II, 2,59; III, 2,19; Varr. *De Re rust.* 1,5,2; Plin. *Nat. His.* XVIII, 66; XVIII, 95; XIV, 30; XV, 8; XVII, 94; Anon. *Bellum Hispaniense*, XXVII, 1,3; Mart. XII, 63,1; Cf. J. M. Blázquez, «Economía de los pueblos prerromanos...» pp. 203 ss.; A. Balil, «Economía y sociedad en la España prerromana», *Anales de Historia Antigua y Medieval*, 17, 1972, pp. 39 ss.; B. Escandell, «El comercio turdetano según Estrabón», *Sirenae. Estudios de Filología e Historia dedicados al Profesor Manuel García Blanco*, Salamanca, 1962, pp. 163 ss.

⁶ Cf. entre otros: M. P. Charlesworth. *Op. Cit.* pp. 115 ss.; J. M. Roldán, *Iter ab Emerita Asturica. El Camino de la Plata*, Salamanca, 1971, donde se recoge toda la bibliografía anterior sobre esta importantísima calzada y su utilización anterior a la época romana. Esta vía al igual que otras calzadas o caminos ponían en comunicación al área Sur con otras zonas de la Península y del Imperio. Vid. también, J. M. Roldán, *Itineraria Hispania. Fuentes antiguas para el estudio de las vías romanas en la Península Ibérica*, Valladolid, 1975, *Passim*.

⁷ M. Pastor y J. Carrasco, Aspectos económicos de los pueblos prerromanos del área meridional de la Península Ibérica», *Boletín del Instituto de Estudios Giennenses*, n.º 98, 1979, pp. 18 ss.

⁸ «Economía de los pueblos prerromanos...», p. 205.

⁹ Cf. A. García y Bellido, «Inventario de los jarros púnicos-tartésicos», *AEArq.* XXXIII, 1960, pp. 44 ss.; Idem, «Materiales de arqueología hispano-púnica. Jarros de bronce», *AEArq.* XXIX, 1956, pp. 32 ss.; Idem, «Nuevos jarros de bronce tartésicos», *AEArq.* XXXVIII, 1964, pp. 55 ss.; Idem, «Los bronces tartésicos», *Tartessos, V Symposium de Prehistoria peninsular*, Barcelona, 1969, pp. 111 ss.; J. M. Blázquez, *Tartessos y los orígenes de la colonización fenicia en Occidente*, Salamanca, 1975, pp. 59 ss.

¹⁰ Vid. principalmente, sobre estos objetos: A. Blanco, «Orientalia I. Estudios de objetos fenicios y orientalizantes de la Península», *AEArq.* XXIX, 1956, pp. 3 ss.; Idem, «Orientalia II», *AEArq.* XXXII, 1960, pp. 3 ss.; E. Cuadrado, *Precedentes y prototipos de la fíbula anular hispánica*, Madrid, 1963, pp. 14 ss.; Idem, «Los recipientes rituales metálicos llamados braserillos púnicos», *AEArq.* XXIX, 1956, pp. 59 ss., fig. 7-9; Idem, «Repertorio de los recipientes rituales metálicos con «asas de manos» de la Península Ibérica», *IV Can*, 1966, pp. 151 ss.

¹¹ A. García y Bellido, «El «Tartessos Chalkós» y las relaciones del SE. con el NO. de la Península en la época tartésica», *VI Congreso Internacional de Minería*, León, 1970, vol. I, pp. 38-39.

¹² *Ibidem*, p. 39.

¹³ Cf. M. D. Estefanía, «Aspecto económico de la penetración y colonización de Asturias», *Emerita*, 31, 1963, pp. 43 ss.; J. M. Roldán, *Iter... passim*; C. Sánchez Albornoz, «Vías de comunicación en el solar del reino de Asturias durante la época romana», *El Reino de Asturias, I*, Oviedo, 1972, pp. 107 ss.; J. Rodríguez, «Las vías militares romanas en la actual provincia de León», *Legio VII Gemina*, León, pp. 401 ss.

¹⁴ Vid. principalmente, C. Domergue, «Introduction à l'étude des mines d'or du Nord-Ouest de la Péninsule Ibérique dans l'antiquité», *Legio VII Gemina*, León, 1970, pp. 253 ss.; Idem, «A propòs de Pline, *Naturalis historia*, 33, 70-78, et pour illustrer sa description des mines d'or romaines d'Espagne», en *AEArq.* 45-47, 1972-1974, pp. 499 ss.; C. Domergue et P. Silliere, *Minas de oro romanas de la Provincia de León*, *EAE*, n.º 93 y 94, Madrid, 1977.

¹⁵ La bibliografía sobre la orfebrería castreña es superabundante: entre ellos, cf. principalmente: A. López Cuevillas, *Las joyas castreñas*, Madrid, 1951; L. Monteagudo, «Orfebrería del NW hispánico en la Edad del Bronce», *AEArq.* XXVI, 1953, pp. 266 ss.; A. Blanco, «Orígenes y relaciones de la orfebrería castreña», *Cuadernos de Estudios Gallegos*, 1957, pp. 137 ss.; J. Maluquer de Motes, «Orfebrería de la España Antigua», *VI Congreso Internacional de Minería*, León, 1970, pp. 47 ss.

¹⁶ F. Alvarez Osorio, *Tesoros españoles antiguos en el Museo Arqueológico Nacional*, Madrid, 1954; J. M. Blázquez, «La interpretación de la pátera de Tivissa», *Ampurias*, XVII-XVIII, 1955-1956, reproducido en *Imagen y Mito*, Madrid, 1977, pp. 221 ss.; Idem, «Nuevas aportaciones a la interpretación de la pátera de Tivissa», en *Imagen y Mito...* pp. 242 ss.

¹⁷ «Orígenes y relaciones...» pp. 18 ss.

¹⁸ «Economía de los pueblos prerromanos...», p. 205.

¹⁹ Específicamente para este objeto, cf. J. M. González y J. Manzanares, «Arracada de oro procedente de un castro de Berducedo (Asturias)», *AEArq.* XXXI-XXXII, 1959, pp. 115 ss.; Idem, «Arracada áurea del «Castello» de Berducedo», *BCPM Oviedo*, 2, 1959, pp. 23 ss.

²⁰ J. M. Blázquez, «Economía de los pueblos prerromanos...» p. 205, quién a su vez, se basa en A.

Blanco, «La cultura castreña», *I Symposium de Prehistoria de la Cultura Castreña*, Pamplona, 1960, pp. 187-189.

²¹ «Economía de los pueblos prerromanos...», p. 205.

²² L. Siret, *Villaricos y Herrerías*, Madrid, 1908; M. Astruc, *La Necrópolis de Villaricos*, Madrid, 1951; A. Blanco, «Cerámica griega de los Castellones de Ceal», *AEArq.* XXXII, 1959, pp. 67 ss.; J. M. Blázquez, «Casco celtas inéditos. Notas sobre los cascos hispánicos», *Boletín de la Comisión Provincial de Monumentos de Orense*, Orense, XX, 1959-1960, pp. 371 ss.

²³ Cf. F. López Cuevillas, «Carballino (Orense). Castro de Cameixa», *NAH*, I-III, 1953, pp. 5 ss.; J. M. Blázquez, «Economía de los pueblos prerromanos...», p. 207.

²⁴ Strab. III, 5,11; Para las relaciones comerciales con las Cassitérides, vid. principalmente: F. López Cuevillas, «La oestrimida y sus relaciones marítimas», *CEG*, 8, 1953, pp. 7 ss.; L. Monteagudo, «Ostrymnides y Cassiterides en Galicia», *Emerita* XXI, 1953, pp. 241 ss.; Idem, «Localização das Cassiterides e Oestrymnides», *Revista de Guimaraes*, LXVII, 1957, pp. 372 ss.

²⁵ Mel. III, 7.

²⁶ III, 1,4.

²⁷ II, 5,2.

²⁸ Avien. *Ora Marítima*, 158.

²⁹ Cf. A. Blanco, «Punta de Muller Mariñas», *Homaxe a Ramón Otero Pedrayo*, Vigo, 1958, pp. 301 ss.; A. García y Bellido, *La Península Ibérica...* pp. 203 ss.

³⁰ B. Escandell, *Art. Cit.* pp. 163 ss.; J. M. Blázquez, «Estructura económica de la Bética al final de la República romana y a comienzos del Imperio (72 a. d. C.-100 d. C.)», *Hispania*, 27, 1967, pp. 7 ss.; Idem, «Economía de los pueblos prerromanos...» pp. 206 ss. (Strab. III, 2,6; y III, 3,7).

³¹ XXXVIII, 10.

³² III, 5,11.

³³ Es ingente la bibliografía sobre los castros. Para los problemas tratados cf. la siguiente: A. Blanco, «La cultura castreña...» pp. 179 ss.; A. García y Bellido, «El castro de Coaña (Asturias). Algunas notas sobre el posible origen de esta cultura», *AEArq.* XIV, 1940-1941, pp. 188 ss.; Idem, «El castro de Coaña (Asturias). Nuevas aportaciones», *AEArq.* XV, 1942, pp. 216 ss.; Idem, «El castro de Pendía», *AEArq.* XV, 1942, pp. 288 ss.; A. Fraguas, «Castros de la comarca lucense», *CEG*, XVII, 1962, pp. 307 ss.; M. Cardozo, «Citania e Sabroso», *RG*, LIX, 1948-1949, pp. 343 ss.; Idem, 1952, pp. 354 ss.; Idem, 1956, pp. 159 ss.; Idem, «Excavações na Citania de Briteiros», *RG*, LI, 1951, pp. 464 ss.; L. Monteagudo, «Joyas del Castro de Elviña», *AEArq.* XXVI, 1954, pp. 236 ss.; Idem, «Los castros celtas de la zona Coruña-Betanzos», *CAN*, III, 1955, pp. 405 ss.

³⁴ A. Méndez Correa, *As origens da cidade de Porto*, Porto, 1935, p. 10; F. López Cuevillas, «El comercio y los medios de transporte en los pueblos castreños», *CRG*, XXXI, 1955, pp. 147-148.

³⁵ Cf. M. Vigil, *El vidrio en el mundo antiguo*, Madrid, 1969, pp. 83 ss.; Y, además, la bibliografía de la nota 33.

³⁶ Vid. principalmente, F. López Cuevillas, *Las joyas Castreñas, passim*, y la bibliografía de la nota 15.

³⁷ Cf. P. E. Jalhay, «Los grabados rupestres del extremo sudoeste de Galicia», *BCPM Orense*, VII, n.º 167; Idem, «Nuevas manifestaciones de arte rupestre del Noroeste de la península», *BCPM Orense*, IX, n.º 199; M. Luquet, «Gravures rupestres de Villadesuso», *Homenagen a Martins Sarmiento*, *RG*, 1933, pp. 203 y ss.; F. López Cuevillas, «El comercio...» pp. 151 ss.

³⁸ Vid. entre otras: Plin. *Nat. Hist.* VIII, 166; Mart. XIV, 199; Sil. Ital. III, 332-337; XVI, 347-353 y 583-585; Hor. *Carm.* III, 4,35; Veg. *Mulom.* I, 56,37; Petr. *Satir.* 86; Verg. *Aen.* X, 180; Suet. *Nero*, 46; Sen. 87,10; Gratin. *Cyn.* 514; Amian. 20,8,13; Para la importancia de los caballos en la economía de la Hispania antigua, cf. principalmente: J. M. Blázquez, «La economía ganadera de la España antigua a la luz de las fuentes literarias griegas y romanas», *Emerita*, XXV, 1957, pp. 159 ss.

³⁹ La navegación fluvial favorecía extraordinariamente el comercio entre las regiones meridionales y septentrionales de la Península Ibérica. Los ríos navegables de las regiones que estudiamos eran el *Betis*, en una distancia de unos 1200 estadios (cf. L. Abad, *El Guadalquivir, vía fluvial romana*, Sevilla, 1975); El *Anas*, que era navegable sólo hasta Mérida (Strab. III, 2,3); El Tajo (Strab. III, 3,1); el Duero (Strab. III, 3,4) que era navegable en unos 150 kilómetros en grandes navíos y más arriba por esquifes, movidos por remos y ayudados por velas (APP. *Ib.* 91); el Mondego y el Vouga, que sólo eran navegables en un corto trayecto; el Limia y el Miño, que lo eran en unos 150 kilómetros; y, por último, también lo eran, aunque en barcos menores, casi todos los ríos que formaban la red hidrográfica astur-galaica. Cf. A. García y Bellido, «La navegación ibérica en la Antigüedad según los textos clásicos y la arqueología», *Estudios Geográficos*, XVI, 1944, pp. 511 ss.; A. Schulten, *Geografía y etnografía antiguas de la Península Ibérica*, Madrid, 1962, II, pp. 11 ss.

⁴⁰ Strab. III, 3,7.

⁴¹ Vid. J. M. Blázquez, «La expansión celtíbera en Carpetania, Bética, Levante y sus causas (siglos III-II a. d. C.)», *Celticum*, 6, 1962, pp. 409 ss.; Idem, «La proyección de los pueblos de la Meseta sobre

Turdetania y el Levante Ibérico en el Primer milenio a. d. C.», *Actas del II Coloquio sobre lenguas y culturas prerromanas de la Península Ibérica, Salamanca, 1979*, pp. 421 ss.

⁴² Plin. *Nat. Hist.* XIX, 10; Vid. M. Pastor, *Los Astures durante el Imperio romano*, Oviedo, 1977, p. 234.

⁴³ Strab. III, 3,7.

⁴⁴ Vid. la bibliografía de la nota 19. Además, M. Pastor, *Op. Cit.* pp. 289 ss.

⁴⁵ Cf. la bibliografía de la nota 15 y, especialmente: A. García y Bellido, *La Península Ibérica en los comienzos...* pp. 203 ss.; F. López Cuevillas, *Las joyas castreñas... passim*; L. Monteagudo, «La orfebrería del NW...», pp. 266 ss.; M. Pastor, *Op. Cit.*, pp. 289 ss.

⁴⁶ Vid. últimamente, A. Rodríguez Colmenero, *Galicia meridional romana*, Universidad de Deusto, Bilbao, 1977, pp. 222 ss.

⁴⁷ Vid. últimamente, F. J. Lomas, *Asturia prerromana y alto-imperial*, Sevilla, 1975, pp. 33 ss. y 73 ss.; M. Pastor, *Op. Cit.*, pp. 232 ss.

⁴⁸ Cf. A. García y Bellido, *Cantabria romana*, Santander, 1952, *passim*; A. García y Bellido, A. Fernández de Avilés, L. Monteagudo, P. Vigil, «Excavaciones en Julióbriga y exploraciones en Cantabria (Campanas, 1953-1956)», *AEArq.*, XXIX, pp. 131 ss.; J. González Echegaray, *Los Cantabros*, Madrid, 1966, pp. 110 ss.

⁴⁹ Ptolom. II, 6,37. Sobre este aspecto vid. M. Pastor, «Participación indígena astur en la vida social romana», *Memorias de Historia Antigua*, I, 1977, pp. 191-192; Idem, *Op. Cit.* pp. 151 ss.; Cf. también, A. García y Bellido, *El Urbanismo en España. La edad antigua*, Madrid, 1969, pp. 57 ss.; J. M. Blazquez, «Problemas en torno a las raíces de España», *Hispania*, XXIX, 1969, pp. 245 ss.

⁵⁰ Ptolom. II, 6,42.

⁵¹ Ptolom. II, 6,43.

⁵² Ptolom. II, 6,48.

⁵³ F. Conde Valvís, «La Laguna de Antela y sus palafitos», *BCPM Orense*, XVIII, 1951, pp. 293 ss.; lám. X; A. Rodríguez Colmenero, *Op. Cit.* pp. 228-229.

⁵⁴ E. Borges García, «Nuevos estudios sobre anforetas encontradas en las costas e islas atlánticas y mediterráneas», *XI Can*, Mérida, 1969, Zaragoza, 1970, pp. 549 ss.

⁵⁵ Vid. J. Mas, «Relaciones comerciales entre ciudades augusteas a través de las ánforas imperiales hispánicas», *I Symposium de ciudades augusteas*, I, Zaragoza, 1976, pp. 250 ss.

⁵⁶ Vid. últimamente sobre este aspecto: A. García y Bellido, «Bandas y guerrillas en las luchas con Roma», en el libro: *Conflictos y estructuras sociales en la Hispania Antigua*, Madrid, 1977, pp. 13 ss. cuyo primer apartado está dedicado al «bandolerismo hispánico en la Antigüedad».

⁵⁷ Vid. J. Fortea y J. Bernier, *Recintos y fortificaciones ibéricas en la Betica*, Salamanca, 1970, *passim*.

⁵⁸ Vid. A. D'Ors, y R. Contreras, «Orgenomescos en las minas romanas de Sierra Morena», *AEArq.* XXXII, 1959, pp. 167 ss.; A. D'Ors, «Orgenomescos en las minas romanas de Sierra Morena», *Oretania*, VI, 1960, pp. 276 ss.; A. Blanco y J. M. Luzon, «Mineros antiguos españoles», *AEArq.*, XXXIX, 1966, pp. 83 ss.; M. Pastor *et alii*, *Aproximación al estudio de la minería de hispanorromana de Jaén y su provincia*, Grupo de Estudios Prehistóricos, 2, La Carolina (Jaén), (en prensa).

⁵⁹ *Actas del II Congreso Español de Estudios Clásicos*, Madrid, 1964, pp. 592 ss.

⁶⁰ Cf. J. M. Roldán, «*Iter...* *passim*»; Vid. también la bibliografía de la nota.

⁶¹ Como nos informa de ello Diodoro (Dio. V, 34).

⁶² Strab. III, 3,7.

⁶³ Apian. *Iber.* 54.

⁶⁴ Flor. II, 33,46; Isid. *Etym.* IX, 2,113; Oros. VI, 21, 1-3.

⁶⁵ Aunque hay que resaltar que no se puede hacer distinción (es imposible hacerla) entre el comercio fenicio-cartaginés y el típicamente indígena (bético-turdetano), lo cierto es que tanto los mercaderes indígenas, como los comerciantes foráneos actuaron de común acuerdo en sus ventas, sirviendo, los unos y los otros, simplemente de intermediarios, del mismo modo que llegaron a las riberas hispánicas los itálicos para comerciar con sus gentes. Sobre estos problemas, vid. principalmente: A. Balil, «Riqueza y sociedad en la España romana», *Hispania*, XXV, 1965, pp. 338 ss.